


Libros del Asteroide 

Eduardo Halfon

Duelo



Table of Contents

[Duelo](#)

[Nota biográfica](#)

[Colofón](#)

Eduardo Halfon

Duelo

Índice

Portada

[Duelo](#)

[Nota biográfica](#)

[Colofón](#)

Primera edición, 2017

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright , bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Eduardo Halfon, 2017
c/o Indent Literary Agency
www.indentagency.com

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Larry Lilac/Alamy Stock Photo

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-24-9
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

*Para ti, Leo ,
que llegaste de madrugada
con un colibrí*

Y les daré un nombre imperecedero.

ISAÍAS 56:5

Se llamaba Salomón. Murió cuando tenía cinco años, ahogado en el lago de Amatitlán. Así me decían de niño, en Guatemala. Que el hermano mayor de mi padre, el hijo primogénito de mis abuelos, el que hubiese sido mi tío Salomón, había muerto ahogado en el lago de Amatitlán, en un accidente, cuando tenía mi misma edad, y que jamás habían encontrado su cuerpo. Nosotros pasábamos todos los fines de semana en el chalet de mis abuelos en Amatitlán, a la orilla del lago, y yo no podía ver ese lago sin imaginarme que de pronto aparecía el cuerpo sin vida del niño Salomón. Siempre me lo imaginaba pálido y desnudo, y siempre flotando boca abajo cerca del viejo muelle de madera. Mi hermano y yo hasta nos habíamos inventado un rezo secreto que susurrábamos en el muelle —y que aún recuerdo— antes de lanzarnos al lago. Como una especie de conjuro. Como para ahuyentar al fantasma del niño Salomón, por si acaso el fantasma del niño Salomón aún estaba nadando por ahí. Yo no sabía los detalles de su accidente, y tampoco me atrevía a preguntar. Nadie en la familia hablaba de Salomón. Nadie siquiera pronunciaba su nombre.

*

No fue difícil llegar al chalet que había sido de mis abuelos, en Amatitlán. Primero pasé la entrada de siempre a los baños termales, luego la antigua gasolinera, luego la misma y extensa plantación de café y cardamomo. Pasé frente a una serie de chalets que se me hicieron muy familiares, aunque todos o casi todos ya abandonados. Reconocí la roca —oscura, inmensa, empotrada en el costado de la montaña— que de niños creíamos tenía la forma de un platillo volador. Para nosotros era un platillo volador, despegando al espacio desde esa montaña en Amatitlán. Seguí un poco más sobre la sinuosa y angosta carretera que bordea el lago.

Llegué a la curva que, según mi papá, siempre terminaba por marearme y hacerme vomitar. Disminuí la velocidad en otra curva más peligrosa, más pronunciada, la cual de inmediato recordé como la última curva. Y antes de dudar, antes de sentirme nervioso, antes de que la aprensión me hiciera dar la vuelta y volver deprisa a la ciudad, ahí estaba delante de mí: el mismo muro de piedra laja, el mismo portón negro.

Estacioné el Saab color zafiro a un costado de la carretera, delante del muro de piedra, y me quedé sentado dentro del viejo carro que me había prestado un amigo. Era media tarde. El cielo parecía una sola masa tupida y parda. Bajé la ventanilla y de inmediato me golpeó un olor a humedad, a azufre, a algo muerto o a punto de morir. Pensé que lo que estaba muerto o a punto de morir era el lago mismo, tan contaminado y podrido, tan maltratado durante décadas, y entonces mejor dejé de pensar y busqué el paquete de Camel en la guantera. Saqué un cigarro y lo encendí y el humo dulzón me fue devolviendo la fe, al menos un poco, al menos hasta que alcé la mirada y descubrí que enfrente de mí, lejano e inmóvil sobre el asfalto de la carretera, había un caballo. Un caballo macilento. Un caballo cadavérico. Un caballo que no debería estar ahí, a media carretera. No sé si siempre estuvo ahí y yo no lo había visto, o si recién había llegado, si recién se había manifestado, como una aparición blanquecina entre tanto verdor. Estaba lejos, aunque lo suficientemente cerca para que yo lograra distinguir cada hueso de sus costillas y caderas y también un espasmo constante en su lomo. Un lazo le colgaba del cuello. Supuse que era el caballo de alguien, de algún campesino de esa zona del lago, y que quizás se había escapado o perdido. Abrí la puerta y salí del carro, para verlo mejor, y el caballo de inmediato alzó una de sus piernas delanteras y se puso a golpear el asfalto. Podía escuchar el ruido de su casco apenas raspando el asfalto. Lo vi bajar la cabeza con dificultad, con demasiado esfuerzo, acaso con el

afán de oler o lamer la carretera. Después lo vi tomar dos o tres zancadas lentas y dolorosas hacia la montaña y desaparecer por completo entre los arbustos de la maleza. Lancé el cigarro hacia ningún lado, con tanta rabia como indolencia, y me dirigí hacia el portón negro.

*

Mi abuelo libanés estaba rondando en el jardín trasero de su casa de la avenida Reforma, alrededor de una piscina ya inútil, ya vacía y rajada, mientras fumaba un cigarro en secreto. Recién había sufrido el primero de sus infartos, y los doctores lo habían obligado a dejar de fumar. Todos sabíamos que fumaba en secreto, allá fuera, alrededor de la piscina, pero nadie le decía nada. Acaso nadie se atrevía. Yo estaba mirándolo a través de la ventana de un cuarto que quedaba justo a la par de la piscina, y el cual alguna vez funcionó como vestidor y salita, pero que ahora no era más que un espacio donde guardar cajas y abrigos y muebles antiguos. Mi abuelo caminaba de un lado al otro del pequeño jardín, una mano detrás de la espalda, escondiendo el cigarro. Estaba vestido con una camisa blanca de botones, pantalón de gabardina gris y pantuflas de cuero negro, y yo, como siempre, me lo imaginé volando en el aire con esas pantuflas de cuero negro. Sabía que mi abuelo había salido de Beirut en 1919, cuando tenía dieciséis años, con su madre y sus hermanos, volando. Sabía que había volado primero por Córcega, donde su madre murió y quedó sepultada; por Francia, donde todos los hermanos se subieron a un barco de vapor en Le Havre, llamado el SS Espagne, rumbo a América; por Nueva York, donde un oficial de migración haragán o quizás caprichoso decidió cortar a la mitad nuestro apellido, y también donde mi abuelo trabajó durante varios años, en Brooklyn, en una fábrica de bicicletas; por Haití, donde vivía uno de sus primos; por Perú,

donde vivía otro de sus primos; y por México, donde aún otro de sus primos era el proveedor de armas de Pancho Villa. Sabía que al llegar a Guatemala había volado encima del Portal del Comercio —cuando frente al Portal del Comercio aún pasaba un tranvía jalado por caballos o mulas— y abierto ahí un almacén de telas importadas llamado El Paje. Sabía que, en los años sesenta, tras estar secuestrado por guerrilleros durante treinta y cinco días, mi abuelo había regresado a su casa volando. Y sabía que una tarde, al final de la avenida Petapa, a mi abuelo lo había atropellado un tren, lanzándolo al aire, o quizás lanzándolo al aire, o al menos para mí, para siempre, lanzándolo al aire.

Mi hermano y yo estábamos tumbados en el suelo del cuarto, entre cajones y maletas y lámparas viejas y sofás empolvados. Hablábamos en susurros, para que mi abuelo no nos descubriera escondidos ahí dentro, husmeando entre sus cosas. Llevábamos varios días viviendo en la casa de mis abuelos en la avenida Reforma. Pronto nos iríamos del país, a Estados Unidos. Mis papás, después de vender nuestra casa, nos habían dejado donde mis abuelos y habían viajado a Estados Unidos, a buscar casa nueva, a comprar los muebles, a inscribirnos en el colegio, a preparar allá todo para la mudanza. Una mudanza temporal, insistían mis papás, sólo mientras mejoraba la situación política del país. ¿Qué situación política del país? Yo no terminaba de entender eso de la situación política del país, pese a estar ya acostumbrado a dormirme con el sonido de bombas y tiroteos en las noches; y pese a los escombros que había visto con un amigo en el terreno detrás de la casa de mis abuelos, escombros de lo que había sido la embajada de España, me explicó mi amigo, al ser ésta incendiada con fósforo blanco por las fuerzas del gobierno, matando a treinta y siete funcionarios y campesinos que estaban dentro; y pese al combate entre el ejército y unos guerrilleros justo delante de mi colegio, en la colonia Vista Hermosa, que nos mantuvo a todos los alumnos encerrados en un

gimnasio el día entero. Tampoco terminaba de entender cómo podía ser una mudanza temporal si mis papás ya habían vendido y vaciado nuestra casa. Era el verano del 81. Yo estaba a punto de cumplir diez años.

Mientras mi hermano batallaba por abrir un enorme y duro estuche de cuero, yo le estaba tomando tiempo en el reloj digital que hacía unos meses me había regalado mi abuelo. Era mi primer reloj: un Casio bultoso, con pantalla grande y correa de hule negro, que me bailaba en la muñeca izquierda (siempre he tenido muñecas demasiado delgadas). Y desde que mi abuelo me lo había regalado yo no podía parar de cronometrarlo todo, de tomarle tiempo a todo, tiempos que iba anotando y comparando en un pequeño cuaderno espiral. Por ejemplo: cuántos minutos duraba cada siesta de mi papá. Por ejemplo: cuánto tiempo le tomaba a mi hermano lavarse los dientes en la mañana vs. antes de dormir. Por ejemplo: cuántos minutos tardaba mi mamá en fumarse un cigarro hablando por teléfono en la sala vs. tomando un café en el pantry. Por ejemplo: cuántos segundos había entre los relámpagos de una tormenta que se acercaba. Por ejemplo: cuántos segundos podía aguantar yo el aliento bajo el agua de la tina. Por ejemplo: cuántos segundos podía sobrevivir uno de mis peces dorados fuera del agua de la pecera. Por ejemplo: cuál era la manera más rápida de vestirme en las mañanas antes de salir al colegio (primero calzoncillo, luego calcetines, luego camisa, luego pantalón, luego zapatos vs. primero calcetines, luego calzoncillo, luego pantalón, luego zapatos, luego camisa), porque entonces, si lo descifraba, si encontraba la manera más eficiente de vestirme en las mañanas, lograría dormir unos minutos más. Mi mundo entero había cambiado con aquel reloj de hule negro. Podía ahora medir cualquier cosa, podía ahora imaginarme el tiempo, capturarlo, aun visualizarlo en una pequeña pantalla digital. El tiempo, empecé a creer, era una cosa real e indestructible. Todo en el tiempo sucedía como una línea recta, con un punto de ini-

cio y un punto final, y yo ahora podía ubicar esos dos puntos y medir la línea que los separaba y escribir esa medida en mi pequeño cuaderno espiral. Mi hermano seguía tratando de abrir el estuche de cuero, y yo, mientras lo cronometraba, sostenía en las manos una foto en blanco y negro de un niño en la nieve. La había encontrado en una caja llena de fotos, algunas pequeñas, otras más grandes, todas antiguas y maltratadas. Se la mostré a mi hermano, que seguía golpeando el cerrojo del estuche con el pie, y él me preguntó quién era el niño de la foto. Le dije que ni idea, mirando la imagen de cerca. El niño parecía demasiado pequeño. No daba la impresión de estar contento en la nieve. Mi hermano me dijo que había algo escrito detrás de la foto y le dio una última patada al estuche y éste de inmediato se abrió. Adentro había un acordeón enorme, relumbrante en rojos y blancos y negros (tan relumbrante que hasta olvidé detener el cronómetro). Mi hermano presionó las teclas y el acordeón hizo un escándalo justo en el momento en que yo leí lo que estaba escrito detrás de la foto: Salomón, Nueva York, 1940.

Desde la piscina mi abuelo nos gritó algo en árabe o tal vez en hebreo y yo dejé la foto tirada en el suelo y salí corriendo del cuarto limpiándome la mano en la camisa, y esquivando a mi abuelo que aún fumaba en el pequeño jardín, y preguntándome si acaso el niño Salomón que se había ahogado en el lago era ese mismo niño Salomón en la nieve, en Nueva York, en 1940.

*

No había timbre, ni campana, y entonces sólo golpeé el portón negro con los nudillos. Esperé un par de minutos, y nada. Intenté de nuevo, golpeando más fuerte, y de nuevo nada. Tampoco se oían ruidos. Ni voces. Ni radio. Ni murmullos de alguien jugando o nadando en el lago. Se me

ocurió la posibilidad de que el chalet que había sido de mis abuelos en los años setenta también estuviese ya abandonado y decrepito, como tantos chalets alrededor del lago, todos vestigios y ruinas de otra época. Sentí las primeras gotas de lluvia en la frente y estaba por tocar de nuevo cuando escuché unas sandalias de hule acercándose despacio, del otro lado del portón.

Qué desea, en una voz suave, tímida, femenina. Buenas tardes, le dije recio. Estoy buscando a don Isidoro Chavajay, y me interrumpió un trueno en la distancia. Ella no dijo nada o tal vez sí dijo algo y yo no le oí bien debido al trueno. ¿Sabe usted dónde puedo encontrarlo? Ella de nuevo guardó silencio mientras me caían dos gotas gruesas en la cabeza. Esperé a que se alejara una camioneta llena de pasajeros que pasó rugiendo en la carretera, a mis espaldas. ¿Conoce usted a don Isidoro Chavajay?, le pregunté, oyendo cómo llegaba corriendo un perro del otro lado del portón. Bien, dijo ella. Aquí trabaja.

No esperaba esa respuesta. No esperaba que don Isidoro aún trabajara ahí, cuarenta años después. Había pensado que a lo mejor el nuevo guardián o jardinero podía ayudarme a encontrarlo, a ubicarlo en el pueblo; y si no a él, a don Isidoro, porque ya se había muerto o quizás mudado a otro pueblo, sí al menos a su esposa o a sus hijos. Y de pie ante el portón negro que algún día había sido de mis abuelos, mojándome un poco, se me ocurrió que ese chalet habría tenido ya varios dueños, vaya uno a saber cuántos dueños desde que mis abuelos lo habían vendido a finales de los años setenta, pero siempre con don Isidoro ahí para todos, al servicio de todos. Como si don Isidoro, más que un hombre o un empleado, fuese un mueble del chalet, incluido en el precio.

¿Y está don Isidoro?, le pregunté, secándome la frente y viendo cómo de pronto se asomaba el hocico del perro por debajo del portón. ¿Quién lo busca?, preguntó ella. El perro estaba olfateando mis pies con frenesí, o posible-

mente estaba olfateando con frenesí el aroma del caballo blanco en la maleza. Dígale que lo busca el señor Halfon, le dije, que soy el nieto del señor Halfon. Ella no dijo nada durante unos segundos, tal vez confundida, o tal vez esperando a que yo le diera un poco más de información, o tal vez no me había escuchado bien. ¿Quién dice usted que lo busca?, preguntó de nuevo a través del portón. El nieto del señor Halfon, le repetí, enunciando despacio. ¿Perdone?, dijo ella, su tono apagado, algo asustadizo. El perro parecía ahora más enfurecido. Estaba ladrando y rasgando el portón con sus patas delanteras. Dígale a don Isidoro, dije desesperado, casi gritando o ladrando yo mismo, que soy el señor Hoffman.

Hubo un breve silencio. Hasta el perro enmudeció. Voy a ver si está, dijo ella, y yo me quedé quieto, ansioso, nada más oyendo el sonido de sus sandalias y de la lluvia en la montaña y del perro gruñéndome de nuevo por debajo del portón. A veces siento que lo puedo oír todo, salvo el sonido de mi propio nombre.

*

No sé en qué momento el inglés reemplazó el español. No sé si lo reemplazó realmente, o si más bien adopté el inglés como una especie de vestimenta que me permitiera ingresar y moverme con libertad en mi nuevo mundo. Apenas tenía diez años, pero acaso entendía ya que una lengua es también una escafandra. Días o semanas después de haber llegado a Estados Unidos —a un suburbio en el sur de Florida llamado Plantation—, y casi sin darnos cuenta, mis hermanos y yo empezamos a hablar sólo en inglés. A nuestros padres, quienes nos seguían hablando en español, ya sólo les contestábamos en inglés. Sabíamos un poco de inglés antes de salir de Guatemala, por supuesto, pero un inglés rudimentario, un inglés de juegos y canciones y caricaturas